

## El trabajo destruye la propiedad

El hombre aislado sólo puede subvenir a una pequeñísima parte de sus necesidades; todo su poder está en la sociedad y en la combinación inteligente del esfuerzo universal. La división y la simultaneidad del trabajo multiplican la cantidad y la variedad de los productos; la especialidad de las funciones aumenta la calidad de las cosas consumibles.

No hay, por consiguiente, ni un solo hombre que no viva del producto de varios millares de industriales diversos; no hay un solo trabajador que no reciba de la sociedad entera su consumación, y con esta los medios de producir. En efecto, quien osará decir: ¿Yo solo produzco lo que consumo, yo no tengo necesidad de nadie? El campesino, que los antiguos economistas consideraban como el único verdadero productor; el campesino, instalado en su hogar, amueblado, vestido, alimentado, socorrido por el albañil, el carpintero, el sastre, el harinero, el panadero, el carnicero, etc., ¿puede vanagloriarse de producir solo?

La consumación se da a cada uno por todo el mundo; por la misma razón, la producción de cada uno supone la producción de todos. Un producto no se elabora sin el concurso de otro producto; una industria aislada es un imposible. ¿Cuál sería la cosecha del labrador si otros no fabricasen por él las granjas, los carros, los arados, los vestidos, etc.? ¿Qué haría el sabio sin el librero, el impresor sin el fundidor y el mecánico, y estos a su vez sin otros industriales auxiliares? No prolonguemos esta enumeración, fácil de extender, de miedo a que se nos acuse de caer en lugares comunes. Todas las industrias se reúnen, por medio de mutuas relaciones, en un haz único; todas las producciones se sirven recíprocamente de fin y de medio; todas las variedades de talentos no son más que una serie de metamorfosis de lo inferior a lo superior.

Este hecho irrefutable e irrefutado de la participación general en cada especie de producto, da por resultado convertir en común todas las producciones particulares, de tal modo que, cada producción que sale de manos del productor, sólo tiene derecho a su producto en una fracción cuyo denominador es igual al número de individuos de que la sociedad se compone. Verdad es que, en cambio, este

mismo productor tiene derecho sobre todos los productos diferentes del suyo, de modo que la acción hipotecaria la adquiere contra todos, del propio modo que todos la tienen contra él; de todo esto, ¿no se deduce que esta reciprocidad de hipotecas, en lugar de permitir la propiedad, destruye hasta la posesión? El trabajador ni siquiera es poseedor de su producto; apenas lo ha terminado, la sociedad se lo reclama.

P. J. PROUDHON.

## Lo que más sacia

Pensando con calma y ahondando insistente en todas las cosas, personas y asuntos del Cosmos vi-  
descubre el cerebro que todo está vano; (viente,  
que no existe nada eterno en lo humano;  
que todo se cambia incesantemente;  
que todo se pudre más tarde o temprano;  
que no vive nada de cierto inmortal,  
a no ser la Fuerza como la Materia,  
glóbulos distintos de una misma arteria,  
nombres diferentes de un solo fontán.  
Cuando se analiza, doquiera se halla dolor y vacío;  
doquiera el cansancio, doquiera el hastío,  
después del gozar;  
después del incendio, cenizas y frío;  
después de la risa, el llanto amargoso;  
después de la carne bullente y rosada,  
la piel amarilla, la faz arrugada;  
después del cabello muy negro y sedoso,  
calvicies y canas;  
después de existencias  
robustas y sanas,  
terribles dolencias;  
después de las voces sonoras, pujantes,  
ronquera, afonía, palabras temblantes;  
después de fulgentes diurnos calores,  
nocturnos negroses,  
intensa frialdad;  
después de la gloria brillante y de ruido,  
quietud y silencio y sombra y olvido.

Todo, todo tiene ocaso en la Vida;  
todo, todo tiene su curso y medida;  
todo, todo tiene su tumba fatal.  
Hasta entre los átomos espacios existen,  
que huecos persisten  
y que nadie puede con nada saciar.

Nada satisface, nada llena tanto;  
nada nos infunde tan sublime encanto;  
nada nos compensa de la triste idea del acabamiento,  
nos hace ser grandes y nos da un contento  
tan puro y durable y sin detrimento,  
como hacer bellezas y vidas crear;  
como dar aumento  
al conocimiento;  
como ser amantes y sentirse libres; como el bien obrar.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO.